

## **Detener la mirada**

Exposición colectiva

23 de enero al 1 de marzo de 2025

El paisaje supone un asunto no sólo referente a lo natural, también a lo cultural, probablemente mucho más a lo segundo que a lo primero. La palabra "paisaje", a diferencia de otras como "territorio" o "naturaleza", no suele referirse al espacio físico, sino a su imagen; de allí que cuando pensamos en paisaje recurramos a una representación pictórica de un espacio rural con una línea de horizonte definida y un espacio compositivo ordenado. Así, el "paisaje" es ante todo una manera de ver y por tanto no es la imitación de aquello dado, estático o "natural", sino la constitución de la mirada humana, en particular desde el arte, sobre su entorno. Las formas de mirar no solo provienen de la reflexión y la observación de un territorio, estas además se encuentran permeadas por preocupaciones políticas, filosóficas e incluso económicas.

En el caso colombiano el paisaje ha estado asociado al punto de vista científico y del viaje, las primeras construcciones paisajísticas se remontan a las grandes empresas virreinales y nacionales que constituyeron la Expedición botánica y la Comisión corográfica, así como a la gran cantidad de pintores viajeros y expedicionarios que en el siglo XVIII y XIX registraron escenas románticas de las vistas emblemáticas nacionales. Las influencias de estos viajeros y científicos perduran en la mirada de Camilo Echavarría (Medellín, 1970), y en menor medida en la de Alejandro Sintura (Bogotá, 2000). Posteriormente, hacia finales del siglo XX surge un interés por la incursión de objetos minerales, vegetales y animales, vivos e inertes, en el espacio expositivo, a cuya tradición se acerca la práctica de Sonia Rojas (Bogotá, 1994).

*Detener la mirada* reúne tres aproximaciones al paisaje, ellas parten de preocupaciones y medios distintos (fotografía, pintura e instalación), y en conjunto constituyen una reflexión sobre la mirada contemporánea de los espacios naturales y los diálogos humanos con el mundo. La obra de Camilo Echavarría apela a un tiempo lento, tanto en el proceso de investigación, viaje y recorrido, como en la percepción de sus fotografías; la cantidad de información que contienen las dota de especificidad, texturas, y una potencia narrativa que obliga a detenerse. Los lienzos de Alejandro Sintura exploran la ambigüedad entre el hecho pictórico y el reconocimiento del referente, de allí que estos se encuentren a medio camino hacia la abstracción. Además, sus ejercicios de paisaje se concentran en la experiencia sensorial del cuerpo en el espacio, al estudiar los cambios atmosféricos. En el caso de Sonia Rojas, sus instalaciones abordan las tensiones entre la vida y la muerte, sus rituales y rastros, respecto a seres humanos y no humanos, a la vez que amplían la idea de paisaje al presentar - ya no representar - fragmentos del territorio, los cuales continúan su transformación durante el tiempo de la muestra.

En las imágenes de Echavarría todos los elementos, o la mayoría, se encuentran enfocados, esta particularidad desdibuja la jerarquía visual, al otorgar el mismo nivel de importancia y necesidad de atención a cada uno de ellos. Así, un vistazo rápido augura la pérdida de los detalles que dan razón al ejercicio cuidadoso del artista; en las piezas expuestas aquí se camuflan: una cabra trepando una montaña, carteles políticos, y como si se tratara de una referencia al asunto de la

muestra, un hombre con pincel en mano y caballete en frente pintando su entorno. Aunque parecen representaciones generales de un espacio natural, las fotografías de Echavarría exigen que el ojo las recorra con tiempo, que repare en cada elemento emplazado en el paisaje, y en este sentido constituyen una resistencia a la velocidad de la visión contemporánea.

Más que descriptivas, las pinturas de Alejandro Sintura son sensoriales; ellas buscan construir espacios pictóricos que contengan la complejidad atmosférica del paisaje. Sus composiciones se alejan de la estructura renacentista que concentra el enfoque en un solo punto y convierte el lienzo en una ventana, y al contrario, estas muestran distintas vistas de un objeto o priorizan las tensiones cromáticas del conjunto, para acercarse así a la incidencia corporal en la percepción visual. Sintura pinta de memoria, al natural, con referencias fotográficas o haciendo alusión a otros artistas, y en muchos casos retrata varias veces un mismo lugar (como es el caso de *Niebla, Guasca, 2024*, y *Guasca, 2025*); la insistencia de volver sobre un mismo objeto de estudio denota la transformación constante que sufre el territorio y agudiza la observación tanto del artista como del espectador.

Las obras de Sonia Rojas son posiblemente las que más se alejan de la idea tradicional de paisaje. La artista construye escenarios sugestivos y ficcionales, en los que reflexiona acerca de las tensiones entre la vida y la muerte (*Entre el suelo y el cielo*), la ausencia, el tiempo, y la percepción de mundos no humanos o paralelos (*Obra en proceso*). En sus instalaciones se conjugan sonidos, videos e imágenes con fragmentos de materia orgánica, cuya presencia implica la conciencia sobre sus procesos de transformación y una acción de cuidado, que perpetúa el diálogo de la artista con su pieza. Por otra parte, en los paisajes de Rojas la línea de horizonte no está presente, lo cual incomoda la forma de percibir el mundo, y obliga a contorsionar el cuerpo, girar la cabeza hacia arriba o encorvarse para ver formas minúsculas. *Obra en proceso*, por ejemplo, nos invita a pensar en territorios que por su escala y dimensión no son perceptibles sin algún tipo de mediación. Se trata de una instalación compuesta por una serie de videos y una piedra suspendida en el espacio cubierta por musgo, la cual evoca un mundo en miniatura habitado por obreros humanos cuyo tiempo es ocupado por la ejecución de la misma actividad de construcción, una y otra vez.

Además de presentar tres aproximaciones personales al paisaje, esta muestra suscita preguntas dirigidas a la forma en la que nos relacionamos con el mundo, a la vez que provoca una mirada atenta del entorno y una ampliación de nuestra disposición sensorial frente a lo minúsculo y lo monumental, lo extraordinario y lo cotidiano.

Laura Archila